

Trabajar en contexto de encierro implica una acción diferente en cuanto a objetivos, a metodología, a contenidos y también a evaluación.

Todos somos seres finitos, limitados, cercados por nuestras propias circunstancias, pero puestos en una institución que desnuda las dinámicas de poder y toma de decisiones, se torna más evidente y hace carne, en el sentido de volverse cuerpo, todas las opciones que el individuo toma, o cree tomar, grandes, y pequeñas. Todas impactan, se vuelven visibles, se controlan, por el otro que estructuralmente tiene el rol de controlar, pero también por los otros que estando en la misma situación, se vuelven vigilantes de ideas colectivas que se transforman en códigos de conducta inquebrantables, so pena de censuras mucho más directas y explícitas que en otros espacios. En este espacio, particularmente definido en sus límites, todos los mecanismos interpersonales y colectivos se potencian. No hay distracciones y no hay posibilidad de alivio.

La filosofía tiene como objetivo en general, la función de generar conciencia y replantear la propia situación, pero esta es una cuestión que se vuelve acuciante en este contexto. Encontrarle un sentido a la propia experiencia, de vida en general, y de encierro en particular por las que se está atravesando, resignifica ese recorrido, rescatando, si acaso es posible, un sentido re-construido. Para atender ese objetivo, se vuelve imprescindible de-construir primero los sentidos aparentemente evidentes de estas situaciones y cuestionar,

La clase de filosofía, entonces, se vuelve un espacio donde uno puede detenerse y pensar sin sanciones moralistas ni institucionales. Un espacio en el que pueden darse permiso de expresar su ser y escuchar al ser-otro. En el salón de filosofía está permitido, de hecho se vuelve necesario, pensar un lenguaje diferente, más libre en el sentido de menos condicionado por el contexto más inmediato. Y por eso, metodológicamente se está obligado a volver a los antiguos griegos, al diálogo en sí mismo, a encontrarse en un espacio con el otro, y conversar. Lo que en otras aulas, en otras instituciones, se percibe como aburrido y anticuado, en contexto de encierro se vuelve motivador y novedoso. El mayor recurso didáctico es el contacto con el otro. La discusión de lo situacional y universal junto a otros que están en la misma situación. Y por tanto, cada clase se vuelve un encuentro independiente, aunque vinculado con una idea general de curso. Se vuelve necesario planificar clases como unidades independientes, con vida propia, con objetivos en sí mismos. La continuidad no salta clase a clase, sino que se construye en una serie de ideas que van encontrándose y dialogando a lo largo del trayecto.

Los contenidos no pueden ser triviales, en cuanto deben ser elegidos en función de lo que pueden significar para el otro. Por lo tanto los programas no se pueden respetar tal y como están pensados para el resto de los espacios de clase. El desafío desde la selección de contenidos es encontrar aquellos que son armónicos con el contexto, es decir, aquellos que surgen como imprescindibles allí, pero que en otras aulas pueden no serlo, o al menos no presentar el mismo nivel de urgencia en la necesidad de su reflexión. Temas como la libertad, el bien o el ser humano, adquieren una dimensión diferente, se ordenan de manera distinta y se entrelazan de forma menos previsible que en otros espacios de aprendizaje.

Interpela entonces, la evaluación como herramienta de aprendizaje, y al mismo tiempo, como instrumento de calificación. Como docentes, sentimos mucho más en este contexto, las contradicciones del acto de evaluar en el sentido tradicional. La misma necesidad de no-trivialidad que rige para los contenidos, debería ser trasladada a la evaluación. Y sin embargo, las limitaciones metodológicas implican un lastre a las evaluaciones realmente significativas. Mientras que en el desarrollo del curso, el diálogo y el encuentro con los otros se vuelve esencial, las evaluaciones vinculadas a la acreditación siguen siendo fundamentalmente individuales, escritas y regidas por lógicas asigaturistas.

En conclusión, ser docente en contexto de encierro es un desafío que al mismo tiempo construye e interpela, cuestiona y deconstruye. Vuelve a cuestiones didácticas y pedagógicas de esencia, y exige la permanente redefinición de nuestro rol como docentes, en ese lugar y para esos estudiantes. Y esa exigencia tendrá irremediablemente consecuencias también en nuestro accionar con otros estudiantes en otros lugares de enseñanza.